

## **DESCANSA**

Érase una vez un niño cuya capa de marfil ondeaba a lo largo de los blancos pasillos y cuya sonrisa acariciaba las almas perdidas en ellos.

En el hospital, todo eran sueños rotos y últimos suspiros. Vivíamos encadenados al rítmico sonido de una máquina y a las lágrimas de nuestros seres queridos. No éramos nada, solo ecos de una antigua vida, esperando. Esperando a que la enfermedad empeorara o mejorase, esperando a que nuestro cuerpo librase la ardua batalla.

Meramente eso, nuestros días se fundían en un extraño y monótono revuelto insípido de quimioterapias y visitas médicas. ¿Os acordáis de aquellos sombríos días? No nos conocíamos pese a estar internados en la misma ala por meses, estábamos aislados en nuestra desgracia, sumidos en la autocompasión. ¿Qué era lo que sellaba nuestras bocas, lo que evitaba que nos comunicáramos? ¿Era vergüenza? ¿Acaso era negación a esa realidad que había infestado nuestras vidas? ¿Era miedo?

Sin embargo, todo cambió con la llegada de nuestro pequeño gran guerrero al hospital. Con él empezó la historia.

Amaneció un día cualquiera y gritos se escuchaban por el pasillo. No eran alaridos de furia ni gimoteos melancólicos, tampoco gemidos agonizantes. Era algo que nunca habíamos escuchado en aquel apagado lugar, era alegría, vigor y vehemencia. Poco después, vimos la figura de un chico de entre nueve y doce años a través de las ventanas de nuestras habitaciones.

Era Nathan, nuestro valiente y querido Nathan. Acababa de ser trasladado al

centro días después de recibir el funesto resultado de sus pruebas. En ese entonces no entendíamos qué hacía alguien con tanta fuerza allí, alguien tan absurdamente fuera de lugar. Pero esa sorpresa no era nada comparada con la que nos asaltó cuando entró a cada una de nuestras habitaciones para presentarse. Aún me acuerdo de esos ojos brillantes y su respiración acelerada, de sus dientes nacarinos brillando detrás de aquella eterna y bondadosa sonrisa cuando dijo atropelladamente: "¡Hola! Me llamo Nathan Greenway, ¡espero que podamos ser amigos!"

A partir de ese bendito momento, empezó el lento proceso de unión, de construcción de una comunidad, pues él consiguió enlazar todas las almas errantes y desesperadas que vagaban por el hospital en algo precioso: amistad.

Ya no pasábamos el día en nuestra cama con las máquinas como única compañía, sino que conversábamos entre nosotros, nos reuníamos, reíamos... La risa... hasta entonces, era algo fuera de nuestro alcance, otro de los valiosos privilegios cruelmente arrebatados por la enfermedad, o eso creíamos.

Todo gracias a él, gracias a las semillas que plantó con su buena voluntad.

¿Recordáis aquel día que decidimos contar cuentos? Yo conté la famosa leyenda

de Sant Jordi, con la que Nathan se quedó maravillado. Desde ese día se propuso encarnar al protagonista de aquella historia legendaria. Arrancó las sábanas de los bordes de su cama, se ató dos de sus extremos alrededor del cuello y corrió y brincó por todo el hospital, desgañitándose con promesas de honor.

Los gritos jadeantes de "¡Yo soy Sant Jordi!" reverberaban por todos los corredores y en nuestras cabezas. Nuestros corazones se henchían de felicidad con la vista de aquel pequeño guerrero, aquel que lucía su sonrisa como la más brillante y preciada de sus armas, aquel con cuyo vigor y gran corazón se había ganado el amor de su pueblo, de sus compañeros.

No obstante, Nathan, como todo caballero, tenía una bestia que enfrentar, una enormemente mortífera y letal, el cáncer.

Día a día, Nathan se enfrentaba a aquel monstruo con todo cuanto tenía un niño de once años: esperanza y buen humor. Él jugaba a pesar de que su adversario iba ganando terreno de manera progresiva e inexorable. Él sonreía aunque la gente a su alrededor llorase por su despiadado destino.

Hoy, todos estamos reunidos alrededor de esta piedra labrada con un mismo pensamiento: Nathan Greenway no era alguien cualquiera, era alegría, vigor y vehemencia. Era un niño con alma de guerrero, un luchador de férrea voluntad y afable temperamento.

Como sabéis, él siguió disfrutando de su efímera vida hasta el final. Su historia fue breve, es cierto, pero estaba llena de sonrisas y regocijo, pues él disfrutó de cada segundo.

Así que cerraremos el cuento tirando rosas donde la batalla acabó; sin olvidar al niño de blanca capa y puro corazón, que a partir de ahora rutilará eternamente en el firmamento, iluminándolo resplandecientemente como lo hizo con nuestras vidas.

Descansa en paz, Nathan Greenway.